
Sociedad, traducción y cultura

Jorge Avendaño-Inestrillas

Jefe del Departamento de Publicaciones,
Facultad de Medicina,
Universidad Nacional Autónoma de México
(México)

Antes de entrar de lleno al tema de estas reflexiones personales quisiera repetir el título de las mismas: «Sociedad, traducción y cultura». ¿Por qué esos tres conceptos? ¿Por qué en ese orden y no en otro? Porque creo que la traducción, el traductor, ha sido, es y seguirá siendo un eslabón fundamental entre la sociedad y la cultura; entre las sociedades y las culturas.

El hombre ha sido traductor desde siempre. Los hombres primitivos tradujeron el lenguaje del viento, el mar y de las estrellas. Observaron los fenómenos de la Naturaleza y los interpretaron para conocer su significado, sus consecuencias, los peligros que anunciaban. Tal vez el primer traductor tenía algo de mago.

Traducir es decodificar. El traductor transforma un lenguaje cifrado en un lenguaje comprensible para todos. Ejemplos sencillos de esos lenguajes cifrados son el telégrafo, con su clave Morse; las banderas de colores por medio de las cuales los marineros transmiten mensajes de un barco a otro; los pictogramas de las cuevas de Altamira o los glifos de las estelas mayas. Todos ellos necesitan ser decodificados, traducidos, interpretados, trasladados a lenguajes conocidos.

Decodificar puede ser tarea de especialistas. No todos podemos saber lo que hay detrás de los sonidos que emiten las ballenas o los delfines. Nos cuesta trabajo entender el lenguaje matemático o las formulaciones químicas. Escuchamos el tum-tum de los tambores que resue-

nan en las estepas africanas, pero, a los que no somos naturales de esas latitudes, el sonido nos resulta incomprensible. Necesitamos un traductor para decodificar el mensaje.

La traducción es una tarea sensual. Un trabajo con los sentidos. Cuando perdemos la vista, afinamos el tacto y el oído para captar el mundo que nos rodea. Si quedamos sordos, tendremos que aprender el lenguaje de las señas. Si estamos en un país extraño al nuestro echaremos mano de un diccionario para hacernos entender con los demás.

Así, la traducción puede ser cotidiana, común y pragmática. Pero también debería constituirse en una barrera contra la invasión idiomática. En esto los traductores tienen una gran responsabilidad.

Defender el idioma; no aceptar extranjerismos sin ton ni son. Sin caer en chovinismos, sin academicismos pretenciosos, pero sí conscientes de la necesidad de dignificar el uso del idioma con un sentido de identidad cultural bien claro.

Hay lenguajes y sublenguajes. El traductor tiene muchas veces que enfrentarse a la tarea de simplificar idiomas científicos muy complicados. Esta no es una tarea menor. La sociedad pide información acerca de los factores que alteran su equilibrio. Entre ellos: el ecológico, el de la salud, el de las finanzas o el de la política. El traductor tiene que realizar la tarea de traducir un lenguaje científico o formal a un sublenguaje accesible a las mayorías. Se convierte así en un divulgador; esta faceta de su tarea tendrá una gran repercusión en la cultura del momento.

Los lenguajes son diversos y su traducción, su decodificación, va complicándose poco a poco. Traducir el código genético del ser humano, y descifrar el lenguaje hasta ahora secreto del genoma humano, ha necesitado de cientos de hombres de ciencia de las más variadas especialidades y de las más diferentes nacionalidades.

Interpretar el lenguaje de los animales, de las aves, de los peces, de los chimpances o de los astros, ha requerido investigaciones profundas que sólo pueden llevar a cabo cerebros especializados. Pero siempre, omnipresente, la traducción, el traslado de una lengua a otra más conocida.

Los médicos conocen bien el lenguaje del cuerpo y lo traducen cuando observan a un paciente. Son muchos los casos en que a un buen médico le basta con observar la marcha de un paciente, o su postura al estar acostado en la cama de hospital, o la expresión de su cara, para sospechar un diagnóstico. Un electrocardiograma, una tomografía computarizada, las cifras del examen de laboratorio “le hablan” al médico a través de un código que hay que aprender a traducir.

La traducción es universal. Si bien los grupos sociales guardan sus mejores rasgos de identidad, entre los que destacan su propio idioma o su dialecto, los traductores se empeñan en decodificar esos lenguajes para hacerlos conocidos a todo mundo.

La cultura le debe mucho a los traductores. Obras milenarias, escritas en idiomas ya perdidos, son rescatadas hoy en día por traductores especializados en filología, que las dejan al alcance de cualquier estudioso. Textos originales en chino son traducidos al francés, y del francés al español, y de éste a cualquiera otra lengua, en una corriente incontenible que va nutriendo ríos de conocimiento universal.

Miles, muchos miles de traductores trabajan en silencio. Son los hombres y mujeres que reviven la palabra del científico, del artista, del poeta o del industrial. La tarea del traductor es callada, discreta, solitaria, pero sin ella, quienes no hablamos inglés no podríamos haber leído a Shakespeare; quienes desconocemos el griego, nunca habríamos conocido a Hipócrates; aquellos que no dominamos las lenguas indígenas,

como el náhuatl, nunca nos habríamos deleitado con las poesías de Netzahualcóyotl.

Traducir, decodificar, interpretar es una tarea inacabable. Aunque suele pensarse en el traductor como aquel artesano que trabaja en una casa editorial, las fronteras de la traducción no son las antologías poéticas o los libros de texto. Eso no basta a la misión superior de la traducción. El traductor es un autor paralelo y, muchas veces, alguien que mejora la obra original.

La expresión de “traduttore, traditore” (traductor, traidor) es una generalización falsa y perversa.

No basta conocer uno o más idiomas y pasar de uno al otro, para llamarse traductor verdadero. Tampoco basta con conocer el tema superficialmente; hay que identificarse con el autor, estar a su lado, leer entre líneas. Hay que “dormir con el autor” para llegar a comprenderlo y así poder traducir fielmente, no sólo sus palabras, sino su estilo, sus intenciones, sus mensajes escondidos en la aparente semejanza de las palabras.

La traducción es un quehacer para gente honesta. Cuando un traductor deforma lo que ha escrito el autor comete un fraude intelectual. No importa si tal fraude es por ignorancia, por descuido o por indolencia. De todos modos se trata de un engaño de mala fe en contra del lector. Cuántas veces, al no entender un texto, lo atribuimos a nuestra corta capacidad intelectual, sin pensar que hay una “mano negra” detrás de esa seudotraducción; un impostor que, por no tomarse la molestia de buscar la palabra o la expresión adecuada, ha provocado una interferencia criminal entre el autor original y el confundido lector que “no da pie con bola.”

La permanencia de los traductores no debe ser un asunto de selección natural. Tampoco hay que considerarlos, peyorativamente, como una especie en vías de extinción. La paga que recibe un traductor debe ser equiparable a la que reci-

be el autor y el productor de un texto. Por ejemplo: si un libro escrito originalmente en italiano se vende muy bien en su versión al español, ¡claro que se debe al mérito del autor mismo,! pero también, en buena medida, a una traducción exacta, cuidadosa y no exenta de afanes literarios, mérito de un buen traductor.

Lejos ha quedado la ilusión del esperanto, el idioma universal que permitiría la comunicación oral y escrita entre todos los hombres sobre la Tierra. Lejos están también las máquinas traductoras que no han pasado de ser una mera fantasía. Pretender que uno de estos artefactos sea capaz de diferenciar palabras iguales, pero que tienen significado distinto, o dar su sentido real a las frases coloquiales es, para decirlo de manera clara, un burdo engaño de la mercadotecnia.

Las redes tecnológicas más complicadas nunca llegarán a las exquisiteces de las redes

neuronales de un buen traductor.

El traductor es un pontífice. Y ¿qué es un pontífice? En Roma era aquel que organizaba y presidía el culto a los dioses, o sea, aquel que servía “como de puente” entre una dignidad y otra. El traductor es un pontífice entre dos orillas idiomáticas. Tiende un puente para llegar de la una a la otra. Lo que hace único al puente del traductor es que se trata de un puente colgante en el que se balancea, gozoso, de un lado para otro; de un punto y coma a un punto y aparte; de una elipsis a una paráfrasis. Siempre en busca del equilibrio entre un texto y otro. Disfruta de este bamboleo. El traductor es, no sólo un pontífice, es también un gozoso.

Por todo lo que *sí es*, un buen traductor *no es, no puede ser*, un producto prefabricado.

Como el buen amor; hay que formarlo día con día, con esfuerzo, con dedicación, voluntad

Palabra e imagen: *appliqué/accolé red cell*

Luis Pestana

OPS/OMS, Washington, D.C., EE.UU.



Definición. applique [sic] red cell: Marginal form. A virtually pathognomonic morphology of the early ring form of *Plasmodium falciparum* trophozoites which appear «plastered» on the RBC surface. Segen JC. Current Med Talk. A Dictionary of Medical Terms, Slang & Jargon. Appleton & Lange; 1995.

Imagen. De: http://www.dpd.cdc.gov/dpdx/HTML/Frames/M-R/Malaria/body_malariadffalcring.htm

Propuestas de traducción. Dejarlo en francés (formas *accolées* o *appliquées*) o traducirlo como formas pegadas o aplicadas, o bien como formas marginales.